Esta concepción del mundo, que procede de Lucrecio, que adopta Goethe, y á la cual se refiere la doctrina darwinista, excluye radicalmente la idea de Providencia y la sustituye. Pero Leibnitz, que combatía el gran descubrimiento de Newton como irreligioso, como ateo, ¿podía llegar á sacar la conclusión de sus premisas?

Reanudemos el hilo de nuestro objeto.

El Génesis dice: «Dios creó al hombre á su imágen.» Podría contestarse: Y recíprocamente. Es evidente, en efecto, como afirmaba Aristóteles en los propios términos (*Política*, 1. I), que son los hombres los que han hecho los dioses, y que los han hecho á su imagen.

Esos dioses que el hombre ha hecho, y que no han hecho al hombre.
(*Cyrano de Bergerac.*)

Seis siglos antes de Jesucristo, el filósofo griego Xenófanes, citado por Clemente de Alejandría, combatía en estos términos la superstición de su época: «Los mortales se imaginan que los dioses tienen sus formas, sus vestidos, su lenguaje... Los tracios adoran dioses de cabellos rojos; si los bueves y los leones tuvieran manos para trazar imágenes, dibujarían las formas divinas parecidas á su propia figura» (51).

(51) Voltaire traduce así á Xenófanes:
«On ne pense qu'à soi, l'amour-propre est sans bornes;
Dieu même à leur image est fait par les humains;

Anaxágoras decía igualmente: «Si los pájaros se representaran un Dios, tendría alas; el de los caballos correría con sus cuatro patas.» Herodoto, relata que los antiguos persas (los mazdeístas) trataban de locos á quienes pretendían representar los dioses por imágenes, y aun no se han olvidado las terribles invectivas de Isaías y de todos los profetas contra los fabricantes de ídolos (52). Aristóteles también se burla de esos dioses con figuras de hombres «que no serían otra cosa, dice, que *hombres eternos*.» Y dos mil cuatrocientos años más tarde, en nuestros días, Fewerbach expresa en una sola y breve frase lo que entiende por *antropomorfismo*. «El Dios objetivo y sobrenatural no es otra cosa que el yo sobrenatural, el ser objetivo del hombre salido de sus límites é izado sobre su ser objetivo.» «Gradualmente, había dicho Hume, la imaginación activa del hombre, desvanecida con esa concepción abstracta de los objetos de que se ocupa incesantemente, comienza á hacerlos más pre-

Si les boeufs avaient eu des mains,
Ils le pendraient avec de cornes».
(Sólo se piensa en sí mismo, el amor propio no tiene límites; los hombres hacen á su imágen al mismo Dios; si los bueyes tuvieran manos lo pintarían con cuernos).

(52) «Se planta un pino y la lluvia lo hace crecer... De él se saca madera, se enciende el horno y se cuece pan; del resto se hace un Dios ante el cual se prosterna para adorarle». (Isaías, cap. XLIV, v. 14), etc.

cisos, y á revestirlos de formas más accesibles á su comprensión natural; se los representa como seres sensibles é inteligentes á la manera del ser humano, movidos por el amor ó el odio, dejándose conquistar por los ruegos, ofrendas y sacrificios. Tal es el origen de la religión.» (*Philosophical Works*). Büchner añade: «Imagínese el cielo poético de los griegos, poblado de figuras ideales, de dioses eternamente jóvenes y hermosos, que viven, gozan, combaten como los hombres, y encuentran el mayor encanto de su existencia en mezclarse personalmente en los destinos humanos; imagínese el sombrío é irascible Jehová de los judíos, que castiga hasta la tercera y la cuarta generación (53); el cielo de los cristianos, donde Dios reparte con su hijo todo su poder, donde los bienaventurados son alineados en orden jerárquico, conforme con nuestras ideas terrenas; el cielo de los católicos, donde la Virgen intercede cerca del Salvador en favor de los culpables con su ternura y su elocuencia de mujer; el cielo de los orientales que promete á los creyentes numerosas huríes de

(53) Büchner podía decir: Que exigía que se le sacrificaran los hijos recién nacidos, así de los hombres como de los animales. *Sive ex hominibus, sive de pecoribus (Nom.* XVII. 15). «Me darás tus hijos primogénitos, dice Jehová, pues todo primogénito es mío.» (*Exodo*, XIII, 2.) Con el tiempo, la circuncisión reemplazó al sacrificio humano.

incalculable belleza; el cielo de los groenlandeses, donde la dicha consiste en una gran cantidad de aceite de ballena; imagínese el cielo del indio cazador, donde una caza eternamente abundante es la recompensa del bienaventurado: el cielo de los viejos germanos, que bebían en el Walhalla el hidromel en los cráneos de los enemigos vencidos, etc... ¡Por todas partes debilidad humana, pasiones humanas, deseo de goces humanos!

De modo que ya sean los dioses groseros, fetiches ó puras entidades, ya sean hijos del temor ó del amor, toda religión es sencillamente el *antropomorfismo*, la humanidad haciendo la divinidad á su imagen.

Es muy importante leer acerca de este particular, la admirable disertación de Bayle (artículo *Nestorius*, nota N), que explica cómo se ha introducido el culto de la Virgen, la *Mariolatría*. «En materia de religión, no hay nada que ajuste mejor con el genio grosero de los pueblos, que representarles el cielo como parecido á la tierra, etcétera.» No son menos interesantes las palabras de Brantôme: «En fin, una corte sin damas, es una corte sin corte.»

«El problema religioso, dice á su vez Emilio Burnouf, presenta esta alternativa: Las religiones ¿son la obra inmediata y voluntaria de un

poder oculto, que las da de regalo á los hombres, en determinados momentos de su historia... ó las producciones espontáneas de las fuerzas ordinarias de la naturaleza, que, ejerciéndose en largos períodos, se manifiestan por fases sucesivas? En el primer caso, no hay ninguna razón seria de atracar á religión ninguna... La intolerancia de las religiones entre sí, es condenable desde todos los puntos de vista... En el otro caso, esos actos súbitos de un poder invisible desaparecen y Dios cesa de rehacer continuamente su obra ó de repararla...En lugar de ser el obrero, es el modelo; el verdadero obrero es el hombre. El mismo que edifica los templos, levanta los altares, ofrece los sacrificios, compone las plegarias... es el intérprete del pensamiento religioso, el profeta que lo anuncia... Así, en la hipótesis que exponemos, que es la de la ciencia, las religiones avanzan según leyes naturales. Así como un ser viviente nace de un germen inapreciable, crece en el huevo materno y en seguida alcanza en su libertad el mayor grado de vigor, hasta que ve decrecer por grados su poder de vivir y vuelve á los elementos de que ha salido... así también una religión nueva nace en el seno de un pueblo sin que sea vista; es una sociedad secreta, un misterio; hasta que pronto se hace visible, subyuga los espíritus, se

convierte en todopoderosa; más tarde decrece y ve el lugar que ocupaba invadido poco á poco por una idea nueva en la cual es al fin absorbida.» *(La ciencia de las religiones)*.

A cada alumbramiento de un culto que sigue á otro, ocurre en una forma cualquiera, lo que ha ocurrido en los primeros concilios donde se fundó el cristianismo; se someten á votación, entre los Padres y los Doctores, esas creencias nuevas, aún las más abstractas, las más metafísicas: *Placetne hoc omnibus? — Placet.* Y, con esta simple fórmula queda «echada la carta». Pero, ¡qué digo una carta! ¡un dogma! que tiene pretensión de encadenar para siempre las creencias. Para disimular que todo *Credo* es una obra puramente humana, se hace intervenir una de las personas de la Trinidad, el Espíritu Santo. ¿Pero quién le ha visto presidir el concilio? Su presencia — verdadero milagro, — sólo es certificada por una aserción humana: la de las gentes interesadas en cubrirse con la inspiración divina. Vese, pues, que en todo tiempo y en todo país, los hombres, como los chantres de los himnos del Veda, pueden proclamarse «autores de los dioses» (54).

La idea de Dios, plural en un principio y úni-

(54) «Lo mortal ha hecho lo inmortal».
(Rig. Veda).

ca después, se ha forjado paulatinamente por la humanidad. Si nos transportamos á esos himnos tan antiguos del Rig-Veda,—los himnos del «país de los siete ríos»,—que son los primeros balbuceos de una lengua humana conservados por la tradición, ha nacido probablemente en las profundidades de los tiempos prehistóricos, con el conocimiento y el empleo del fuego (el *agni* de los arios primitivos, convertido en el *ignis* de los latinos). El fuego es un presente hecho por el sol á la tierra, y su uso, reservado al hombre únicamente entre todos los animales, señala su paso de la vida animal á la vida social. Parece fuera de toda duda, que la primera ceremonia de un culto cualquiera, fué el frotamiento de un leño en otro socavado para hacer brotar la llama, esta llama que abría paso á los hombres en los bosques vírgenes. «...El hogar se ha alumbrado con dos ramas frotando una contra otra. Se ha revelado, ha sonreído, ha brotado el fuego, el celestial Agnis, el precursor, el mensagero de los dioses, el purificador, el padre del rayo. Ha llegado en su carro, arrastrado por caballos rojos. Se le ha dado un bosque en sacrificio. Consume la cabellera de la tierra y las llamas relinchadoras abren ancha vía á su carro...» (Paráfrasis de un himno del Rig-Veda, por E. Quinet).

El frotamiento rápido de un leño en el hueco de un trozo de madera seca para encender fuego, es la operación sagrada llamada *pramantha* por los arios de la India, y de este rito antiguo los griegos han tomado sin duda alguna el hermoso mito del titán Prometeo que roba el fuego á Júpiter y lo conduce, oculto en el hueco del junco nartex, del cielo á la tierra, para regalarlo á la raza humana (55).

El culto del fuego inaugurado por las leyes de Manú (56), se ha propagado en la antigua religión del persa Zoroastro (Zerducht), y se ha conservado, sin interrupción hasta nuestros días entre los güebros, que son los judíos de Oriente. He aquí lo que responde el fuego, según el *Zend-Avesta, (Palabra de vida)*, á las ofrendas de los magos: «¡Sed dichosos y jamás

(55) El culto del fuego debía llevar aparejado el de su autor, el sol; y la fecundación de la tierra por el sol, que los hombres primitivos consideraban, ya como su esposo, ya, mejor, como su hijo salido de su seno, debía acarrear, con los cultos fálicos y afrodisíacos, por una parte, esos incestos sagrados cuyo recuerdo se propaga hasta en las leyendas de Ninus y Semiramis, de Edipo y Yocasta, etc.; y, por otra parte, esas prostituciones sagradas, no sólo permitidas, sino ordenadas en los templos, y que mancillan todas las religiones antiguas del Asia, y hasta el monoteísmo de los hebreos. El templo de Jehová, en Jerusalem, no estaba menos exceptuado de esas tachas que el templo de Istar-Bilita en Babilonia ó de Astarté en Sidón.

(56) «El padre es el fuego sagrado, perpetuamente mantenido por el dueño de la casa; la madre, el fuego de las ceremonias; el institutor, el fuego de los sacrificios; y esta trinidad de fuegos merece la más grande veneración».

hartos! ¡que los rebaños de bueyes se multipliquen!... ¡Que lo que deseáis ocurra! Es lo que os deseo en cambio de las ramas secas que me ofrecéis piadosamente.»

Nadie ha olvidado por otra parte los altares de Abel y de Caín, donde el fuego del cielo viene á consumir la ofrenda, ni el altar que levantó Noé al salir del arca: «...Y cogiendo un animal de cada clase, le ofreció en holocausto sobre este altar, y el Señor recibió un olor que le fué agradable.» (Gen., cap. VIII.) «El fuego arderá siempre en el altar, sin que jamás se deje extinguir,» dice el Levítico (VI, 12). Esta práctica de los hebreos se ha encontrado entre sus vecinos, los fenicios de Tiro (57); en Grecia, en el culto del hogar doméstico; en Roma en el templo de Vesta; en el antiguo Perú, entre las vestales de Cuzco y de Quito (58).

Partiendo el uso del fuego de ese hecho tan sencillo y tan concreto, pero llevado por la pen-

(57) «En el templo de Baal-Hamman, manteníase un fuego perpetuo, y cuando los tirios iban lejos á fundar una colonia, un sacerdote llevábales un brasero sagrado con fuego del templo metropolitano». *(Alberto Reville, la Religión de los Fenicios).*

(58) De este culto del fuego, encargado de todas las purificaciones, ha nacido la leyenda del purgatorio. Lo que San Agustín había llamado en una simple metáfora, *ignis purgatorius*, se ha convertido, por el papa Gregorio el Grande, en el siglo VI y por el concilio de Florencia, en 1439, en un verdadero dogma, en un artículo de fe.

diente natural de su desarrollo, el espíritu humano creó sucesivamente en su marcha todas las abstracciones metafísicas y todas las entidades religiosas (59). Hoy por el progreso contínuo de la ciencia, que conduce al espíritu humano á las realidades concretas y demostradas, á los hechos de experiencia y de certeza, la idea de Dios comienza á deshacerse, y ya, como los reyes, los cultos *se van*.

Pero este paso de la fe á la ciencia, del pasado al porvenir, se hace con lentitud, y por grados sucesivos. «Para elevarse á una concepción superior, dice Guirin de Vitry, para pasar de la concepción del mundo derivado de una voluntad á la del orden natural resultante de las propiedades de las cosas, es imposible que la transición se efectue directamente. El sistema anterior es demasiado coherente y está demasiado arraigado; precisa que su descomposición sea sucesiva y progresiva. La comprobación de una relación

(59) Es lo que Michelet llama Dioses-naturaleza, Dioses-humanos, Dioses morales. En sus declamaciones sobre las *Ruinas*, Volney traza un plan análogo para la serie de las religiones: Culto de los elementos,—culto de los astros,—culto de los símbolos ó ídolos (politeismo),—culto de dos principios (dualismo),—culto del alma del mundo (monoteismo),—culto del universo (panteismo),—culto místico (vida futura), etc. Una de las más recientes obras filosóficas de Alemania *(La Filosofía de la Salvación)*, por Felipe Mainlaenger, marca los mismos estadios en la historia de los pueblos más avanzados: 1.° politeismo; 2.° monoteismo; 3.° panteísmo, primero religioso, y filosófico después; 4.° ateísmo.

constante entre dos ó varios fenómenos, hace nacer la idea de ley natural; se manifiesta una primera escisión; el sistema se disgrega más y más una vez se analiza; se destacan grupos enteros de ideas, y el movimiento de disolución continúa hasta que, sobre el terreno expedito, se construye el nuevo edificio mental con otra base... Figurémonos la distancia que separa el estado mental de Augusto Compte del de Dante. Para colmarla ha sido precisa la larga y penosa elaboración á la cual han presidido, sucesivamente Copérnico, Bacon, Galileo, Descartes, Newton, Lavoisier, Laplace, Cuvier, Bichat y otros; el descubrimiento de América y del telescopio, la demolición llevada á cabo por Voltaire y la Enciclopedia, en fin, los presentimientos de la posibilidad de una ciencia social, surgida bajo la inspiración de la revolución francesa. A pesar de todo el poder de su genio, Dante no hubiera podido pasar al estado de sabio positivo, sin la disolución sucesiva de toda su síntesis intelectual.»

Acerca de esta lucha singular, á la cual asistimos, entre el espíritu antiguo y el espíritu nuevo, Heriberto Spéncer dice con gran razón: «Atribuir únicamente las acciones sociales y los acontecimientos políticos á causas naturales y borrar la Providencia del número de los factores, es para el hombre religioso de nuestro siglo lo que para el griego devoto la *depersonificación* de Helios y la explicación del movimiento de las esferas celestes por medio de una acción directa de los Dioses.» (Cita de M. J. Soury.) Y Spéncer da, de este estado contradictorio de los espíritus, un justo ejemplo contemporáneo: «Un príncipe impopular (el de Gales) se ha hecho popular repentinamente por haber sobrevivido á ciertas alteraciones experimentadas en su sangre. Con ocasión de su cura, se ha reconocido al mismo tiempo el socorro providencial y la casualidad natural, ofreciéndose á Dios acciones de gracias y al médico la dignidad de baronet.»

Emilio Burnouf, que trazaba ha poco en algunas palabras la historia de las religiones, va á decirnos también como perecen las ortoxias inmutables bajo los golpes de la ciencia progresiva. «Es inútil querer negarlo ó disimularlo, ciencia y ortosia se han excluído en todos los tiempos y en todos los pueblos en que han coexistido. Durante el período más ó menos largo de una decadencia sacerdotal, la sociedad se entrega á una lucha en lo que se apela por ambas partes á la opresión y á la injusticia. Los ortodoxos hacen ver la sociedad desorganizándose, los templos desiertos, los dioses ultrajados, la iniquidad y el crimen estableciendo su reino

y entregando á los hombres seducidos á una condenación eterna. Los librepensadores, los sabios, como decían los griegos, los hombres de ciencia, en fin, se dedican á disipar los terrores del otro mundo; llaman los hombres á la libertad, al esfuerzo personal, á la instrucción que eleva la inteligencia, al trabajo que dulcifica y embellece la vida, á la economía, que asegura el porvenir de la familia, al ejercicio de los derechos civiles, que mejoran las ciudades, y de los derechos políticos, que hacen la fuerza de los Estados, á la paz, en fin, bien supremo de la humanidad.»

Las religiones han perdido ya importancia hasta tal punto que se las ve cada día sacrificadas á motivos de interés, á simples conveniencias; por ejemplo, en los matrimonios. ¿ Puede citarse una princesa, católica ó protestante, que desde la gran Catalina, haya rehusado hacerse griega para ser solamente gran duquesa en Rusia? En los matrimonios mixtos, sobre todo, los padres regulan—sin derecho para ello—por simples conveniencias la suerte religiosa de sus hijos. Y puesto que el mundo es tan perfectamente indiferente á que se profese una ú otra religión, ¿ no debiera también mostrarse igualmente indiferente á que no se profesara ninguna?

No busquemos, pues, nunca en el cielo—palabra vacía de sentido—la razón de lo que pasa en la tierra. Digamos hoy día: «Ayúdate, el cielo no te ayudará» (60). ¿ Es preciso á este propósito hacer resaltar la completa inutilidad de las rogativas? Supongo que no se querrá imitar á Diógenes, que pedía limosna á las estatuas para acostumbrarse, decía, á ser rechazado, ni decir brutalmente con Hartmann, que «la plegaria es algo como el juramento enérgico por el cual un mozo de cordel se excita á sí mismo para cobrar nuevos esfuerzos.» Supongo que de las rogativas se esperan magníficos resultados. Pero si todos obtuvieran lo que piden,—siempre con un fin egoísta—como unos quieren lluvia y otros quieren sol, el mundo caería en una confusión indescriptible. Y si sólo puede hacerse una elección, si únicamente una parte de los ruegos es realizada, es que existe una fuerza superior á vuestros designios. Y entonces obraría, sin vosotros, por vosotros. «En tal caso, según la expresión de Montaigne, hay que despreciar vuestras rogativas.» En otros términos: ¿ Creéis en la Providencia? En caso afirmativo, debéis abandonaros á

(60) La humanidad saca provecho tras esfuerzos proseguidos durante siglos enteros, de lo que ordinariamente le perjudica. Así, por ejemplo, se convierte en providencia de sí misma, después de haber sufrido durante largo tiempo, por haber confiado en demasía en otras providencias imaginarias.» (Dr. Audiffrent, *Enfermedades del cerebro*, etc.»

su dirección; no tenéis derecho ninguno de intervenir en sus designios; no debéis poner suspicacias, ni á su previsión, ni á su justicia, ni á su bondad. ¿No creéis en ella? Entonces vuestras demandas van á perderse en el vacío y no alcanzan á nadie. En uno ú otro caso, que el mundo sea regido por un Dios personal ó por el inmutable conjunto de las leyes generales, la rogativa se convierte en una especie de rebelión. «La gravedad respetuosa y muda, dice Saint-Beuve, del hombre que piensa es á su manera una religión, un homenaje rendido á la majestad del Universo.» «¿Qué rogativas, añade G. Le Bon, podrían detener al inexorable Destino que rige las cosas?... El hombre no puede ya conocer el temor, pero tiene que renunciar también á conocer la esperanza. Debe aprender á inclinarse ante la inexorable necesidad de las cosas, y contemplar con mirada tranquila el abismo de que ha salido por cortos instantes, y en el cual se desvanecerá bien pronto.»

Pero, en fin, se dirá para concluir, confesar nuestra ignorancia profunda en todos esos grandes problemas de la vida general y de los destinos particulares, problemas que el hombre aspira en vano á sondear y á resolver un día, es confesar que vivimos en un mundo inferior, imperfecto, incompleto, donde el hombre no puede satisfacer

sus aspiraciones de legítima curiosidad ni sus sueños de felicidad constante y de ideal perfección. ¡Ah! ¿quién lo duda? Si fuera preciso demostrar con un ejemplo que nuestro mundo es imperfecto, ¿no bastaría señalar con el dedo la faz de la tierra, vasto campo de carnicerías donde la conservación se hace por la destrucción, donde la vida se mantiene por medio de la muerte y no se alimenta más que con la vida? (61). *Bellum omnium contra omnes. The struggle for life.* El arenque devora pequeños moluscos, y el tiburón engulle un banco de arenques; la perdiz se come los insectos y el gavilán se come la perdiz; el hombre devora toda la creación, y el hombre,—olvidando la gran palabra de Séneca: *Homo homini res sacra,*—mata al hombre. Escuchad á Bossuet: «Los hombres han llegado al extremo de matarse entre sí, sin odiarse.» Escuchad también á Jose de Maistre, otro padre de la Iglesia: «La carnicería permanente está prevista y ordenada en el gran Todo. ¿Pero se detendrá esta ley en el hombre? No, sin duda. Sin embargo, ¿qué ser exter-

(61) El Señor dijo á Noé y á sus hijos, al salir del arca: «Alimentaos con todo lo que tiene vida y movimiento». (Gen., cap. VIII). Una sola legislación, la de Manú, que aun se conserva en el Indostán, ha dado preceptos contrarios: «No hay mortal más culpable que el que aumenta su propia carne á costa de la carne de otros seres. En otra vida me devorará aquel cuya carne como yo aquí abajo, etc.»

minará al que los extermina á todos? El; es el hombre el encargado de degollar al hombre.» Escuchad aún á Pascal: «¿Por qué me matáis?—¡Ah! amigo mío, vivís al otro lado del río. Si vivierais á esta parte, lo que hago sería injusto, y sería yo un asesino. Pero vivís en la otra parte, y lo que hago es justo y yo soy un hombre cumplido.»

Contad únicamente las víctimas de la sanguinaria superstición y del ciego combate de los dogmas; contad solamente las hecatombes de rebaños humanos que han inmolado en su paso por la tierra, los ilustres pontífices del dios Sabahoth, esos grandes degolladores llamados conquistadores, un Cambises, un Atila, un Gengis-Khan, un Napoleón, un Bismarck. ¡Ah! con cuánta razón puede decirse con el feroz de Maistre: «La tierra, continuamente embebida de sangre, no es más que un altar inmenso en que todo lo que vive debe ser inmolado, sin fin, sin medida, sin descanso, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte.»

Cierto que esta ley fatal, la lucha por la existencia, ha producido la supervivencia de los mejores, ó selección natural, y por ésta, el transformismo ó perfeccionamiento de los seres. Esto es evidente. Pero no es menos evidente que incluso los beneficios de la naturaleza se ejercen con

crueldad, que el orden general se compone de desordenes parciales, que el progreso se adquiere con el sufrimiento y el bien común con el mal de la mayoría; que así, en fin de cuentas, el mundo pertenece á la iniquidad. Es pues, imperfecto.

Y si fuera preciso demostrar á renglón seguido que es incompleto, podría hacerse con no menos facilidad, citando un hecho sin réplica, ó, si así puede decirse, con una sola palabra. No solamente tenemos una sola boca para respirar, hablar, reir, cantar, comer, beber, escupir, vomitar, sino que—¡miseria extraña cuanto inconcebible!—todos los grandes animales de la creación terrestre, incluso el hombre, no tienen más que un solo y mismo órgano para las funciones más nobles y para los más viles de la animalidad: la generación y las deyecciones. «Se han alojado revueltas unas con otras, dice Montaigne, nuestras delicias y nuestras hediondeces.» Pase que una mujer tenga el mismo órgano para el amor y la maternidad: es madre porque fué esposa. Pero que este órgano, que debería ser el santuario de su cuerpo, se convierta en cloaca cada día y cada mes, eso es abominable. ¡Y los libros santos dicen que Dios hizo al hombre á su imagen! ¡Oh locura! ese Dios también tendría... pero dejemos las blasfemias para los devotos (62).

(62) «¡Oh, hombre, que osas llamarte imagen de Dios! Dime si

Entonces, se dirá, ¿por qué estamos en este mundo inferior, imperfecto, incompleto mientras la imaginación de cada uno de nosotros sueña en otro mejor, reconstruye otro menos bárbaro y menos desnudo, más digno de criaturas superiores y de sus vastas ambiciones?

—¿Por qué?

Eso equivale á preguntar: ¿por qué la tierra gira alrededor del sol, y el sol sobre su eje? ¿Por qué yo soy yo? ¿Por qué vos sois vos? ¿Por qué, como dijo el príncipe indio de D' Alembert, hay alguien y alguna cosa? Cuestiones pueriles, si se quiere, «cuestiones de ciegos de nacimiento que preguntan qué es luz», pero que, quedando sin contestación posible, asustan al espíritu y á la razón. Gassendi se quejaba justamente de «que la naturaleza hubiera dado tanta amplitud á la curiosidad, y límites tan estrechos al conocimiento.» Jamás, en efecto, como quiere Goethe, y antes Diderot, jamás hay que preguntar: «¿Por qué? Sólo hay que preguntar: ¿Cómo?» Unicamente á esta forma de interrogación puede contestar la ciencia humana, pues todo el resto «está oculto en la magestad de la naturaleza». Como dice Montaigne, «los extremos de nuestras persquisiones se deshacen en fuegos fatuos.» «Y todo

Dios come y si tiene un intestino recto... ¡Tú la imagen de Dios en su retrete! etc.» (Voltaire.)

lo que puede hacer nuestra inteligencia, añade Pascal, es advertir alguna apariencia del medio ambiente, en un desespero eterno por conocer el principio ó el fin.»

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.